

EL ATENTADO, OBRA DE UN COMANDO TERRORISTA

Una carga explosiva de gran potencia, accionada a distancia, destrozó el coche del presidente del Gobierno

La fuerza de la explosión lanzó el vehículo a una altura de unos veintitantos metros y luego cayó sobre una terraza interior de la casa profesa de los jesuitas, en la calle de Claudio Coello

Dos jóvenes, simulando que eran escultores, alquilaron los bajos de la finca número 104 de dicha calle y desde allí hicieron una galería subterránea, donde colocaron el artefacto • La víspera del atentado colocaron descaradamente en cincuenta metros de fachada unos cables que conectaban el explosivo con el detonador

En una terraza de la calle Claudio Coello, distante del pavimento unos tres pisos o su equivalente—unos catorce—en metros, caído en esa terraza, tras haber sido impulsado hasta un quinto o sexto piso, un Dodge negro, modelo 3.700, del Parque Móvil, PMM-16.416 I-III, estaba doblado en dos, deshecho, y múltiplemente agujereado, con el depósito de la gasolina desprendido; el peso del vehículo es de 2.300 kilos. En su interior ya no había nadie. Pero minutos antes había hecho de trágico ataúd. El presidente del Gobierno, almirante don Luis Carrero Blanco, y el conductor del vehículo oficial, don José Luis Pérez Mojeda, resultaban muertos casi instantáneamente. El policía de escolta personal, don Juan Antonio Bueno Fernández, sufría heridas gravísimas.

Serían las nueve y media y unos minutos de la mañana. Como hacía a diario, el presidente del Gobierno, desde su domicilio de la calle de los Hermanos Bécquer, número 6, se dirigía a la cercana iglesia de la casa profesa de los jesuitas, en la calle de Serrano, con entrada posterior por la calle

de Claudio Coello, y fachada a la de Maldonado. El señor Carrero Blanco asistía a misa de nueve, y terminado el acto religioso marchaba directamente a su despacho oficial del paseo de la Castellana.

UNA TERRIBLE EXPLOSION

Ayer, el señor Carrero Blanco abandonó el templo, en el que también se encontraba, según nuestras noticias, el ex ministro don Gregorio López Bravo. Después, y siempre siguiendo una reconstrucción aproximada de los hechos, subió al coche. Cuando circulaba a la altura del número 102 de la calle Claudio Coello se produjo una tremenda explosión, seguida de otra de casi idénticas características. El

coche del presidente del Gobierno había realizado el itinerario de costumbre. Tras dejar la calle de Serrano, subía por la de Juan Bravo—ya que la de Maldonado es de dirección hacia aquella—y giró hacia la izquierda de la calle Claudio Coello, probablemente para seguir por la de Diego de León a Hermanos Bécquer, donde vivía, bien para dirigirse a su domicilio o a su despacho.

La calle de Claudio Coello, a la altura del número 102, y semiesquina a la de Maldonado, se cubrió de un humo y polvo espesos. Cascotes, gritos y un fuerte olor ■

(Continúa en pág. siguiente)

EL ATENTADO DEL PRESIDENTE

(Viene de la pág. anterior)
gas, según se nos ha dicho. Varios coches, en número aproximado a una veintena, resultaban dañados en distinta medida. El vehículo del presidente del Gobierno, afectado de lleno por las explosiones era lanzado, en vertical, por los aires, pero lejos de caer de nuevo al suelo, el automóvil se estrellaba contra la pequeña terraza que da al patio interior del edificio de los jesuitas, en la zona de clausura. Dentro del vehículo, atrapados y ya muertos, fueron hallados el presidente del Gobierno y uno de sus acompañantes en servicio. El otro, como ya hemos dicho, sufría gravísimas lesiones, mortales de necesidad. Según nuestras noticias, el padre Gómez Acevo, S. I., pudo dar la extremaunción al señor Carrero Blanco momentos antes de que falleciera.

Expliquemos, para dar una idea más exacta a nuestros lectores de la violencia de la explosión, la trayectoria seguida por el automóvil del presidente del Gobierno como consecuencia de aquélla.

El Dodge, alcanzado de lleno, se elevó unos veintitantos o quizá más metros sobre la calzada. Desplazado en el aire hacia la izquierda, tocó el terminal de la cornisa y pasó al otro lado, cayendo hacia la izquierda, a unos ocho o diez metros en sentido horizontal, donde terminaba la azotea, situada a la altura de un sexto piso—el edificio consta de un bajo, cuatro plantas y una especie de buhardilla—, y rompió una parte del pretil correspondiente.

Perdida ya la fuerza ascensional, el automóvil cayó, para estrellarse finalmente en la azotea interior, más bien un pasillo de unos tres metros de anchura. La parte delantera del Dodge chocó contra el pretil de esta segunda azotea y fue rechazado por el mismo. Quedó en forma casi vertical, doblado un poco por la mitad, apoyado en la pared de la azotea.

El automóvil presentaba la carrocería totalmente destrozada, como consecuencia del golpe sufrido. Los bajos del automóvil apenas mostraban huellas o señales de impacto, bien del explosivo, bien de la masa de asfalto y adoquines desprendidos del suelo como consecuencia del estallido. El chasis resistió. Las partes más afectadas fueron el motor, como consecuencia del choque al caer, y la zona del portamaletas. La caja de cambios estaba visible y, en cambio, otras zonas aparecían milagrosamente intactas. Dentro del automóvil hemos podido ver un zapato en el techo y la tapicería del vehículo salpicado de manchas de sangre.

CONFUSION

La confusión durante los prime-

ros minutos, como es lógico, fue indescriptible. Los cristales y persianas de los balcones y ventanas de los inmuebles de la zona afectada resultaron totalmente dañados, así como las fachadas de los edificios números 102 y 104. En la calzada se produjo un cráter, un enorme socavón de unos quince metros de largo por diez de ancho y tres o cuatro de profundidad, que inmediatamente se llenó de agua, procedente quizá de la rotura de alguna tubería. Un automóvil estacionado en las proximidades, un Seat 850 matrícula M-801.851, quedaba semiseppultado en el socavón. Se ha dicho también que otro vehículo de la escolta del presidente de Gobierno, en el que iban don Miguel Alonso de la Fuente, don Rafael Gallana del Río y don Carlos del Pozo Díaz, funcionarios del Cuerpo General de Policía, era alcanzado por la onda explosiva y resultaba herido uno de sus ocupantes.

RESCATE INUTIL

Inmediatamente, y tras darse la alarma, se iniciaron las tareas de rescate. Los cuerpos destrozados del presidente del Gobierno y de don José Luis Pérez Mojeda eran trasladados, junto con los heridos, a la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco, e ingresaban en la clínica privada. Don Juan Antonio Bueno Fernández falleció poco después de su hospitalización. Otras personas, transeúntes, que resultaron lesionadas de diversa importancia, recibían asistencia médica en diferentes centros sanitarios. Dos niñas con el rostro ensangrentado, eran curadas e internadas en el Gran Hospital de la Beneficencia General del Estado, en la calle de Diego de León. Las pequeñas se llaman María José y Rosa María Clemente, de cinco y un año de edad, respectivamente. Las salvó su madre, doña Avelina Durán, portera de la finca número 104 de la calle de Claudio Coello. Un taxista, que sufrió lesiones en un brazo—probablemente fractura de húmero—, fue también evacuado.

Brigadas de la Cruz Roja, operarios de la Compañía Gas Madrid—empresa que ha desmentido que la catástrofe fuera provocada por el gas, desmentido que después se ha comprobado ser cierto—y de otras empresas de vías y obras, bomberos, sanitarios con ambulancias y miembros de la Policía Armada y de la Policía Municipal se personaron en el lugar de los hechos y realizaron su tarea de rescate con ejemplar celeridad.

TESTIGOS INDIRECTOS

Hemos conversado con don Miguel Enguidanos Guijarro, hijo del propietario del automóvil M-801.851, quien nos ha manifestado lo siguiente:

—Yo trabajo en unas oficinas que el Banco Internacional de Comercio posee en el número 106 de la calle de Claudio Coello. Esta mañana mi padre me dejó el coche. Era la primera vez que lo traía al trabajo. Yo lo dejé estacionado casi a la altura del número 102 y me fui a trabajar. De pronto sentimos una explosión enorme, indescriptible, que nos levantó, a mí y a mis compañeros, de nuestros respectivos asientos. Sin apenas intervalo, otra explosión, tan fuerte como la anterior, volvió a alzarnos de nuevo de nuestras sillas. El edificio vibró. Salimos a la calle. Apestaba a gas. Pero puedo asegurarle que la primera explosión no la provocó el gas.

Otro testigo de los hechos, que milagrosamente salió ileso y que no desea facilitarnos su identidad, nos dice que la primera explosión se produjo cuando el automóvil del Presidente del Gobierno acababa de cruzar la calle de Maldonado; no circulaba a gran velocidad. El

propietario de una carbonería de la calle de Maldonado nos manifestó que las explosiones fueron terribles.

—Parecía como si se hundiera el mundo. Fueron unos minutos de pánico. No he visto en mi vida cosa igual.

La Policía acordó la manzana, para impedir el paso de curiosos y para facilitar la tarea de las distintas brigadas de operarios. Se ha abierto una investigación para determinar las verdaderas causas del hecho. Expertos de la Policía han inspeccionado, palmo a palmo, la zona y algunos de los pisos de las fincas números 102 y 104 de la calle donde se produjo la explosión.

Al lugar de las explosiones se personaron el alcalde de Madrid, señor García-Lomas; primer teniente de alcalde, don Jesús Suevos; presidente de la Junta Municipal del distrito de Salamanca, don Ezequiel Puig Maestro-Amado; director general de Seguridad, don Eduardo Blanco; director general de la Guardia Civil, teniente general don Carlos Intesta Cano; delegado de Seguridad y Policía Municipal, don Fernando Fanlo, y otras personas.

Abrieron una galería bajo tierra

La primera explosión, provocada humanamente, fue producida por el estallido de, al parecer, cincuenta kilogramos de dinamita o de un explosivo plástico de alta potencia, que fueron hechos explotar a distancia con un detonador por cable.

Según hemos sabido en el curso

de nuestras investigaciones, hace aproximadamente mes y medio, dos jóvenes que dijeron ser escultores, o escultor y electricista, respectivamente, alquilaron o adquirieron, formalizando el contrato con datos totalmente falsos en cuanto a su identidad, un bajo de la finca número 104 de la calle de Claudio Coello. Desde allí, e impunemente, sin que les importara el ruido que hacían y que provocó algunas sospechas que no llegaron a cristalizar en protesta al creer que se trataba de las obras de reforma que habitualmente se suelen hacer en las viviendas cuando el nuevo ocupante desea cambiar algo que no sea de su agrado, los recientes moradores del bajo horadaron el suelo en dirección a la vía pública, o más bien abrieron un estrecho túnel, una galería de un diámetro por el que difícilmente pasa una persona de compleción no muy robusta. Para ello tuvieron que taladrar 60 centímetros de muro con gran estrépito, que se interpretó como "golpes" de los "escultores".

El túnel llegaba hasta la mitad, aproximadamente, de la calzada, a

una profundidad de metro y medio; allí se ramificaba en tres direcciones y al final de cada una de ellas colocaron una mina anti-tanque, que ayer mañana hicieron detonar en el instante justo en que el coche del presidente del Gobierno se dirigía por la calle de Claudio Coello hacia la de Diego de León. En la pared de la Casa Profesa de los jesuitas habían pintado una raya vertical, en color rojo, y de algo menos de un metro de longitud, en la horizontal de la galería, y que les serviría de referencia, sin duda alguna, cuando el Dodge del presidente pasara frente a ella.

Se da la circunstancia también de que la parte del túnel donde iban a colocar la bomba fue protegido con barras de hierro para evitar que se hundiera con el peso de los vehículos que circulaban por dicha calle.

Por las declaraciones de los porteros de las fincas números 108 y 110 de la calle de Claudio Coello sacamos la conclusión de que los autores de este criminal y execrable hecho han actuado con la mayor impunidad en los actos preparatorios del delito, sin que nadie sospechara lo más mínimo.

La víspera del atentado, y alrededor de las siete y media de la tarde, según manifestaciones de un vecino y del portero de la finca número 110, don Arturo Escobar López, dos jóvenes de estatura media, embutidos en sendos monos de color azul, procedían a colocar unos cables. Uno de los desconocidos estaba subido en una escalera—esta escalera se encuentra, por decisión de la Policía, en el bajo de la casa número 110, y ha sido quitado uno de los enganches metálicos de las dos piezas de que consta aquélla para la identificación de posibles huellas—, mientras el otro la sujetaba. Aquél se dedicaba a poner unos cables, que unía a otros ya existentes con cinta adhesiva.

Esta tarea, pues el cable nuevo tendrá una longitud de unos cuarenta y tantos metros, les debió de llevar varias horas. Nadie sospechó. El portero creyó que se trataba de unos operarios que estaban realizando algún enganche. Después se ha visto que este cable ha servido, junto con la maleta que contenía pilas de linterna, alicates y un martillo, así como el detonador, para provocar la explosión. La maleta, junto con la escalera, fue abandonada por los autores del atentado.

El otro terminal del cable estaba enganchado al artefacto. En el piso-sótano utilizado por los terroristas la Policía ha encontrado en el interior de un armario de color blanco naranjas, discos y un frasco de un producto farmacéutico para la garganta. También había unos saquitos de plástico de color blanco. Las ventanas tienen barrotes exteriores, y las puertas interiores, cadenas y candados.

No hemos podido entrar en el piso, pero desde la calle hemos podido ver que una de las habitaciones contenía muebles volcados, en desorden; un somier, varias revistas—una de ellas un número muy reciente de "Gaceta Ilustrada"—y una cantidad considerable de arena torpemente cubierta por plásticos de color verde y azul. Esta arena, amontonada en un lateral de la habitación—de forma rectangular—es la procedente de la galería excavada desde ella. La Policía ha encontrado también una madeja de cables de distintos colores—rojo, verde y negro—, que muy bien podrían corresponder a los respectivos detonadores de las cargas explosivas.

No se sabe el tiempo exacto que los habitantes del piso tardaron en abrir la galería, pero se calcula que no mucho, ya que apenas adoptaron precauciones y les importaba muy poco hacer ruido.

ACTUABAN CON NATURALIDAD

El portero de la finca número 110 me ha dicho que oyó hablar a los jóvenes de la escalera, que debían ser los inquilinos del piso-sótano. Conversaban en castellano, sin ningún acento especial. Nada de ellos le llamó la atención.

—Actuaron con una naturalidad sorprendente. ¿Cómo iba a sospechar yo, si siempre tenemos electricistas, empleados de la Telefónica, etc., aquí haciendo reparaciones o instalaciones nuevas? Estaba hoviéndose y comentaban esto con cierto disgusto.

Otra persona les vio, a las nueve de la mañana de ayer; es decir, media hora antes de que se produjera el atentado. Uno de los jóve-

mas a la explosión—las números 102 y 104, han sido evacuadas, ya que se teme que su estructura haya sufrido en los cimientos, aparte de los daños en la fachada y en los balcones—, han tenido que ir a la Dirección General de Seguridad a fin de prestar declaración y tratar de poder identificar, a través de fotografías de terroristas, a los posibles autores del atentado. Se nos dice, por otra parte, que los dos individuos pertenecen a un comando entrenado en el extranjero y cuya filiación política es afín a uno de los grupos más extremistas que existen en España en la clandestinidad y que se han distinguido durante los últimos meses por la comisión de acciones de tipo violento.

LOPEZ APARICIO